

E. T. A. HOFFMANN

LA AVENTURA DE LA NOCHE DE SAN SILVESTRE

Original:

[Die Abenteuer der Silvester-Nacht](#)



1815

La aventura de la noche de San Silvestre, es una pequeña novela llena de misterio y terror psicológico, escrita casi a manera de fábula, en el mejor estilo romántico de [Hoffmann](#). El viejo motivo de la tentación de las pasiones amorosas y la lucha de las fuerzas del mal por conquistar almas a cualquier precio, ligado a una excelente atmósfera onírica que sitúa al lector en una franja entre la realidad y el sueño.

Ebook: <http://originalbook.ru>

PROLOGO DEL EDITOR

El viajero entusiasta de cuyo diario se pone a conocimiento del lector una nueva fantasía a la manera de Cállot, hace tan pocas diferencias evidentemente entre su vida interior y su vida exterior, que apenas si es posible distinguir las fronteras que se paran una de la otra. Pero justamente porque tú, querido lector, no percibes con claridad esa frontera, el visionario tal vez te hará cruzarla sin que te des cuenta, y acaso pronto te encuentres en el desconocido reino mágico cuyos extraños habitantes se introducen en tu vida exterior y te tutean como viejos conocidos. Te pido de todo corazón, querido lector, que los tomes como tales, y que entregado totalmente a su hacer maravilloso, quieras sobreponerte a algún ligero escalofrío que puedan provocarte al apoderarse de ti con mayor intensidad.

¿Qué más puedo hacer por el viajero entusiasta, a quien le han sucedido tantas cosas extrañas y fantásticas en todas partes, y así también en Berlín, durante la noche de San Silvestre?

La aventura de la noche de San Silvestre. E. T. A. Hoffmann

1. LA AMADA.

Tenía la muerte, la muerte helada en el corazón; sí, desde lo más hondo punzaba mis nervios ardientes como con agudos carámbanos de hielo. Salí corriendo hacia la noche oscura y tormentosa olvidando mi capa y mi sombrero en el salón. Las veletas rechinaban; era como si el tiempo estuviera haciendo girar ruidosamente su eterno y terrible engranaje; como si al cabo de un momento el año viejo fuera a despeñarse como una pesada carga hacia el oscuro abismo.

Bien sabes ya que estos días de Navidad y Año Nuevo que tanta alegría despiertan en toda la gente, a mí siempre me arrebatan de mi tranquilo refugio arrojándome a un mar agitado y tumultuoso. ¡Navidad! Días de fiesta que

durante tanto tiempo brillaron para mí con sus luces alegres. Ya no puedo seguir esperando -soy más bueno, más niño que durante todo el resto del año; ningún pensamiento maligno alimenta mi pecho abierto a la verdadera dicha celestial; vuelvo a ser el niño que grita jubilosamente. Dulces rostros de ángeles me sonríen desde las policromas tallas de madera de las tiendas navideñas, y por entre la muchedumbre rumorosa de las calles se deslizan como desde la lejanía las melodías sagradas del órgano: "¡Porque un niño ha nacido!"

Pero después de la fiesta todo vuelve a quedar en silencio; las luces se diluyen en la turbia oscuridad. Cada año caen más y más flores marchitas; su semilla se extinguió para siempre y ya no encenderá el sol de la primavera nueva vida en las ramas secas. Bien lo sé. Pero cuando el año está por terminar, los espíritus enemigos me lo recuerdan sin cesar con solapada malicia.

"Mira", escucho susurrar en mis oídos, "mira cuántas alegrías se han alejado este año de ti, que ya nunca regresarán. Pero a cambio de ello, eres más inteligente, y ya no te interesan aquellas tontas diversiones. ¡Estás convirtiéndote en un hombre serio sin alegrías!"

Pero para la noche de San Silvestre el diablo siempre me reserva alguna jugada especial. Sabe clavar en el momento preciso sus afiladas garras en mi pecho con una mueca horrenda, y se ceba con la sangre que entonces mana. Siempre encuentra quien le ayude, y ayer fue el Consejero de Justicia, que lo hizo muy bien.

En su casa (la del Consejero) siempre se reúne mucha gente en la noche de fin de año y él se empeña en prepararle a cada uno una alegría especial para el Año Nuevo; pero es tan torpe, que todo lo que había ideado trabajosamente-para provocar alegría se trueca en cómico dolor. Cuando entré al vestíbulo, el Consejero me salió al paso rápidamente impidiendo que yo entrara al santuario de donde llegaba el aroma del té y del fino tabaco. Parecía muy contento, y lanzándome una mirada maliciosa me sonrió de manera muy extraña mientras me decía: "¡Amiguito, amiguito! En la sala lo espera una deliciosa sorpresa para la linda noche de San Silvestre. ¡No vaya a asustarse!"

Aquellas palabras me llegaron al alma despertando en mi interior oscuros presentimientos; me sentía angustiado, atemorizado. Las puertas se abrieron, entré rápidamente, y en medio de las señoras sentadas en el sofá, me deslumbró su presencia. Era ella, ella en persona, a quien no veía desde hacía muchos años. Los momentos más dichosos de mi vida cruzaron por mi alma como un rayo de

luz poderoso y abrasador -¡no más pérdida mortal, aniquilada toda idea de separación!

Por qué maravillosa casualidad estaba ella; qué circunstancia la había conducido a la reunión del Consejero, de quien yo no sabía que la conociera: en todo eso no pensé. -¡Volvía a tenerla!- Me quedé allí sin poder moverme, tomé capturado por un repentino hechizo. El Consejero de Justicia me dio una ligera palmada: "¿Y bien, amiguito?", me dijo. Avancé mecánicamente, pero sólo la veía a ella, y del pecho oprimido brotaron penosamente estas palabras: "¡Dios mío, Dios mío! Julia¹ aquí". Recién cuando llegué junto a la mesa de té Julia me vio. Se levantó y me dijo con una voz casi desconocida: "Me alegra mucho verlo aquí. ¡Tiene usted muy buen aspecto!", y volvió a sentarse, preguntándole a la señora que estaba a su lado: "¿Hay algo interesante en el teatro la semana que viene?"

Te acercas a la flor maravillosa que ves resplandecer entre dulces aromas, pero no bien te inclinas para contemplar de cerca su semblante adorable, sale de entre las hojas brillantes un basilisco frío y escurridizo y quiere aniquilarte con la mirada. ¡Eso era lo que acababa de sucederme! Me incliné con torpeza ante las otras señoras, y para que además de venenoso todo resultara también absurdo, al retroceder rápidamente volqué sobre el Consejero de Justicia que estaba parado detrás de mí la taza de té humeante que tenía en la mano sobre el jabot delicadamente plisado. Todo parecía dispuesto para provocar en mí el consiguiente ataque de rabia, pero yo traté de calmarme en mi resignada desesperación. Julia no se había reído; mis miradas trastornadas se posaron en ella y fue como si llegara hasta mí un rayo del maravilloso pasado, de aquella vida de amor y de poesía.

Alguien empezó en ese momento a tocar algunas fantasías en el piano del cuarto vecino, lo que conmovió a toda la concurrencia. Se dijo que se trataba de un gran músico desconocido llamado Berger², que ejecutaba divinamente y al que había que escuchar con atención. "¡No hagas tanto ruido con las cucharas, Mina! -.exclamó el Consejero, y con un suave ademán señalando hacia la puerta y un dulce "¡Eh bien!", invitó a las señoras a acercarse al músico. También Julia se había puesto de pie y se dirigía lentamente al salón de al lado. Toda su figura tenía algo extraño; me pareció más grande, más formada que antes, con una

¹ Julia, es Julia Marc.

² Berger, Ludwig Berger (1777-1839), el maestro de Mendelssohn.

belleza casi voluptuosa. El corte peculiar de su vestido blanco con pliegues, que sólo ocultaba a medias el pecho, los hombros y la nuca, con mangas amplias hasta los codos y el cabello partido en la frente y recogido con abundantes trenzas por detrás, le daban un aire antiguo. Tenía casi el aspecto de aquellas vírgenes de los cuadros de Mieris³ -y sin embargo, ya intuía vagamente haber visto antes, en algún sitio, a aquel ser en que Julia se transformara. Se había quitado los guantes, y tampoco faltaban los primorosos brazaletes ceñidos a las muñecas para convocar con colores todavía más vivos aquel oscuro recuerdo, a través de la identidad absoluta de su atuendo.

Julia se volvió hacia mí antes de pasar al otro salón, y me pareció que el rostro angelical, delicado y fresco, se desfiguraba en una mueca grotesca; sentí algo espantoso, terrible, como una convulsión que estremeció todos mis nervios.

"¡Oh, toca maravillosamente! -susurró una señorita exaltada por la dulzura del té, y no sé cómo, de repente la tuve del brazo y la llevaba -o, mejor dicho, ella a mí, hacia el salón vecino. En ese instante, Berger hacía rugir el huracán más violento; los poderosos acordes ascendían y bajaban como bramantes olas del mar. ¡Eso me hacía sentir muy bien!

De repente, Julia estuvo a mi lado y me decía con la voz más dulce y adorable: "¡Cómo me gustaría que estuvieras tú sentado al piano, y cantaras suavemente las pasadas alegrías y esperanzas!" El espíritu maligno había huido de mí, y en el único nombre de Julia quise expresar toda la dicha celestial que en aquel momento me embargaba.

Otras personas que se metieron entre nosotros la habían alejado. Era evidente que huía de mí, pero pronto pude acercarme hasta rozar su vestido, hasta respirar su aliento, y ante mí se reveló con brillantes colores el tiempo de la pasada primavera.

Berger había dejado que el huracán se calmara; el cielo se había despejado y como pequeñas nubecitas doradas del amanecer lo surcaban apacibles melodías que se disolvían en el pianissimo.

El maestro fue calurosa y merecidamente aclamado; la concurrencia empezó a moverse y a mezclarse, y así fue que de repente estaba yo otra vez al lado de Julia. El espíritu se hizo más poderoso en mi interior; quise retenerla, abrazarla enloquecido por el sufrimiento de mi amor, pero el maldito semblante de un

³ Mieris, Franz von Mieris el Viejo (1635-1681).

criado diligente se metió entre nosotros y, con una enorme bandeja en la mano, exclamó en tono realmente desagradable: "¿Desea usted?" En medio de los vasos llenos de humeante punch, había una copa delicadamente tallada, llena al parecer de la misma bebida. Cómo fue que ella llegó a estar allí, entre todos los vasos comunes, lo sabe mejor que nadie aquél a quien poco a poco voy conociendo; hace un firulete con el pie, como Clemente en el Octaviano⁴, y le gustan muchísimo los tapaditos y las plumas rojas. Julia tomó aquella copa tallada de extraño brillo, y me la ofreció diciendo "¿Todavía te sigue gustando tanto tomar el vaso dé mi mano?" "Julia... Julia", suspiré yo. Al tomar la copa acaricié sus delicados dedos; llamas de fuego se encendieron en todas mis venas y arterias -bebí y bebí-, sentía como si pequeñas llamitas azules crepitaran deslizándose por el vaso y por mis labios. La copa estaba vacía, y sin saber cómo, me encontré de pronto sentado en una otomana, en un gabinete iluminado tan sólo por una lámpara de alabastro, y Julia... Julia estaba a mi lado, mirándome con aquella ingenuidad infantil de siempre. Berger estaba otra vez sentado al piano; tocaba ahora el andante de la sublime sinfonía en mi bemol mayor, de Mozart, y en las alas de aquella melodía se conmovió y fue más intenso todo el amor y el placer de mi vida más luminosa. Sí, era Julia... Julia misma, suave y bella como un ángel... Nuestras palabras, nostálgicas quejas de amor, más mirada que palabras. Su mano reposaba en la mía.

"¡Nunca más voy a dejarte; tu amor es la chispa que arde en mí encendiendo una vida superior en el arte y en la poesía!... Sin ti... sin tu amor, todo está muerto, inmóvil. Pero ¿acaso no has venido para ser eternamente mía?"

En ese instante entró al gabinete un hombrecito torpe, con patitas de araña y ojos saltones de sapo, y exclamó chillando horriblemente y con una risita estúpida "¿Dónde cuernos se metió mi esposa?" Julia se levantó y dijo con una voz extraña: "¿Por qué no va usted a la reunión? Mi esposo me está buscando... Estuvo usted muy divertido, querido, siempre con el mismo buen humor de otros tiempos; pero, sea mesurado con la bebida". El hombrecito con patas de araña la tomó de la mano y ella lo siguió riéndose al salón.

"¡Perdida para siempre!% exclamé. "Sí, claro, Codille, querido", cacareó una bestia que jugaba a ser humana. Salí corriendo entonces hacia la noche oscura y tormentosa.

⁴ Octaviano, Kaiser Octavianus, pieza de Ludwig Tieck del año 1804.

2. LOS PERSONAJES EN LA TABERNA

Caminar bajo los tilos suele ser muy agradable, pero no en la noche de San Silvestre con un frío espantoso y una tormenta de nieve. Eso pensé cuando sin sombrero ni capa comencé a sentir escalofríos en medio de un ardor afiebrado. Crucé el puente de la ópera, pasé por el palacio, doblé en una esquina, atravesé el puente de esclusas y la Moneda. Estaba sobre la Jaegerstrwe junto a lo de Thiermann⁵. En las salas ardían luces alegres; iba a entrar porque tenía mucho frío y ganas de tomarme un buen trago de algo fuerte. En el mismo momento salía de allí un grupo de jóvenes muy alegres. Hablaban de sabrosas ostras y del buen Eilfer⁶.

"¡Tenía razón!", exclamó uno de ellos, un oficial lancero según pude apreciar a la luz de los faroles, "claro que tenía razón aquel tipo que el año pasado se enojó con aquellos condenados que no querían reconocer que el Eilfer era mejor que el Anno 1794!" Todos reían a carcajadas. Yo había avanzado algunos pasos más sin darme cuenta; me detuve ante una taberna de donde salía una luz solitaria. ¿Acaso no se sintió una vez tan cansado y abatido el Enrique de Shakespeare⁷, que se acordó de la pobre cerveza inglesa? En realidad, a mí me pasó lo mismo; mi boca estaba sedienta de una buena botella de cerveza. Me metí rápidamente en la taberna.

"¿Qué desea?", me preguntó con amabilidad el tabernero, llevándose la mano a la gorra. Pedí una botella de cerveza inglesa y una pipa de buen tabaco, y al poco rato disfrutaba yo de un filisteísmo tan sublime que el mismo diablo se asustó y se alejó de mi.

¡Oh, Consejero! Si hubieras visto cómo salí de tu claro salón de té para meterme en una oscura taberna, te habrías vuelto con expresión altanera y despectiva y habrías murmurado: "¿Acaso es de sorprender que un tipo así estropee los jabots más primorosos?"

Sin capa ni sombrero yo tenía seguramente un aspecto bastante curioso. El hombre de la taberna tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero en ese

⁵ Thiermann, nombre del propietario del almacén de vinos y productos italianos situado en la Jägersstrasse 56.

⁶ Eilfer, el famoso vino del año 1811, tantas veces mencionado en la literatura alemana.

⁷ Enrique, el príncipe Enrique, en la segunda parte de Enrique IV de Shakespeare. Acto II, escena 2.

instante alguien golpeó la ventana, y una voz exclamó: "¡Abran, abran, soy yo!" El tabernero salió corriendo y volvió a entrar un momento después con dos candelabros encendidos en las manos; lo seguía un hombre muy alto y muy flaco. Al pasar bajo la puerta pequeña, se olvidó de inclinarse y se dio un buen golpe en la cabeza, pero tenía puesto un birrete como de estudiante que impidió que se lastimara. Se deslizó de manera muy extraña a lo largo de la pared y vino a sentarse frente a mí; mientras tanto, el tabernero ponía luces sobre la mesa.

Casi podría haberse dicho de él que tenía un aspecto distinguido y descontento. Pidió en tal tono cerveza y tabaco, y con unas pocas pitadas hizo tanto humo que al rato flotábamos en una nube. Además, su rostro tenía algo peculiar y llamativo, que a pesar de ser él tan sombrío, hizo que yo le tomara afecto de inmediato. Tenía el cabello negro y abundante partido al medio con rizos a ambos lados, como en los cuadros de Rubens. Cuando se sacó el inmenso abrigo que llevaba vi que tenía puesto un chaquetón negro con muchos lazos, pero lo que me llamó sobre todo la atención fue que sobre las botas llevara un par de elegantes chinelas. Me di cuenta de eso cuando vació la pipa que se había fumado en cinco minutos. Nuestra conversación no marchaba; el desconocido parecía muy ocupado con todo tipo de plantas extrañas que había sacado de un estuche y que observaba visiblemente complacido⁸. Le manifesté mi admiración por aquellas hermosas plantas y, como parecían recién cortadas, le pregunté si había estado quizás en el Jardín Botánico o en lo de Boucher⁹. Sonrió de manera extraña y replicó: "La botánica no parece ser exactamente su especialidad; si no, no habría hecho una pregunta tan...", se detuvo y yo agregué: "...tonta." Entonces él continuó: "Se habría dado cuenta inmediatamente de que se trata de plantas de los Alpes, y en particular, de las que crecen en el Chimborazo." Estas palabras las dijo el desconocido en voz muy baja, y podrías imaginarte que todo me pareció un poco fantástico. No podía preguntarle nada, pero cada vez intuía más claramente no tanto que hubiera visto muchas veces antes al desconocido, sino que muchas veces había pensado en él.

Entonces volvieron a oírse golpes en la ventana; el tabernero abrió la puerta y se escuchó una voz: "¡Sea usted tan amable de cubrir su espejo!" "¡Ah!", dijo el

⁸ La descripción de este personaje corresponde exactamente al grabado de la portada de la primera edición de Peter Sehlemihl, y que era en realidad un retrato de Adalbert von Chamisso.

⁹ Boucher. Los hermanos Boucher eran dueños de un invernadero y florería en la Lehmgasse 11 (actualmente Blumenstrasse).

tabernero. "Aquí llega, aunque tarde ya, el general Suwarow." Acto seguido cubrió el espejo con un paño, y entonces entró de un salto, con una prisa torpe, con pesada ligereza diría yo, un hombrecito enjuto envuelto en una capa marrón, que al moverse su dueño por el cuarto ondulaba de manera peculiar con todos sus pliegues y plieguecitos, de tal manera que al resplandor de las luces, casi parecía que muchas iban juntándose y separándose, como en las fantasmagorías de Ensler¹⁰. Al mismo tiempo se frotaba las manos ocultas dentro de las amplias mangas, y en un momento exclamó: "¡Qué frío! ¡Qué frío! En Italia es muy diferente, muy diferente". Por fin se sentó entre el grandote y yo, diciendo: "¡Qué humo espantoso! Tabaco y más tabaco. ¿Si tuviera aunque sea una pizca?"

Yo llevaba en el bolsillo la lata de acero bruñida como un espejo que me regalaste hace tiempo; la saqué inmediatamente y quise ofrecerle tabaco al hombrecito. No bien la vio, la agarró con las dos manos y tirándola lejos exclamó: "¡Fuera, fuera con ese horrible espejo!" Su voz tenía algo de espantoso, y cuando volví a mirarlo, perplejo, el hombrecito había cambiado de aspecto. Al entrar lucía un rostro agradable y juvenil; pero ahora me miraba el semblante mortalmente pálido, agostado, arrugado, de un viejo con ojos hundidos. Me volví aterrado hacia el grandote: "¡Por el amor de Dios, mire usted!% quise decirle, pero aquél no participaba de nada; seguía concentrado en sus plantas del Chimborazo. En ese instante el pequeño ordenó con cuidada pronunciación vino del Norte.

Poco a poco la conversación se fue animando. El chiquito me resultaba muy inquietante, pero el grandote decía cosas profundas y graciosas sobre temas aparentemente insignificantes, aunque parecía luchar con el idioma y a veces introducía alguna palabra que no correspondía pero que daba al asunto una curiosa originalidad. Y como cada vez me resultaba más simpático, suavizaba la desagradable impresión que me producía el chiquito.

Éste parecía impulsado por mil resortes, porque se movía constantemente sobre la silla de un lado a otro y gesticulaba mucho con las manos. Yo no podía evitar que me corriera un escalofrío por la espalda al notar claramente que parecía mirar desde dos rostros diferentes. Muchas veces miraba con su cara vieja al grandote, cuya agradable serenidad contrastaba notablemente con la

¹⁰ Enolen (no Ensler) era un profesor de la Academia de Ciencias que proyectaba fantasmagorías y exponía aparatos mecánicos en la Französische Strasse 42.

agitación del chiquito, pero su mirada no era entonces tan pavorosa como cuando me había mirado a mí.

En el juego de máscaras que es la vida terrena, a menudo el espíritu interior mira con ojos brillantes desde detrás del antifaz reconociendo lo que le es afín; y así puede haber sucedido que nosotros tres, hombres singulares, nos hubiéramos mirado y reconocido de igual modo en aquella taberna. Nuestra conversación se tiñó de aquel humor que brota solamente de un ánimo mortalmente herido.

"Eso también es un clavo"; dijo el grandote. "¡Ay, Dios! -lo interrumpí yo, "¡cuántos clavos ha clavado el diablo para nosotros en todas partes! En las paredes de los cuartos, en las ramas de los árboles, en los rosales; y allí dejamos colgada al pasar una parte de nuestro ser más caro. Me parece, estimados señores, que a todos se nos ha perdido alguna cosa de esa manera; a mí, por ejemplo, me faltan esta noche la capa y el sombrero. Los dos están colgados de un clavo en el vestíbulo de la casa del Consejero de Justicia, como ustedes saben." El chiquito y el grandote se irritaron visiblemente, como heridos por un rayo repentino. El chiquito me lanzó una mirada repulsiva desde su cara vieja, pero enseguida se subió a una silla y aseguró el paño que cubría el espejo, mientras el grandote limpiaba cuidadosamente las luces.

Después de un rato la conversación volvió a animarse. Se habló de un joven y esforzado pintor, de nombre Phillip¹¹, y del cuadro de una princesa que había pintado poseído de aquel espíritu de amor y aquella piadosa nostalgia de lo supremo que el profundo sentido sagrado de su señora había despertado en él.

"Parece que va a hablar, y sin embargo no es un retrato sino un cuadro", opinó el grandote. "Es muy cierto", repliqué yo, "podría decirse que parece arrebatado de un espejo." Entonces el chiquito saltó furioso, y mirándome con su cara vieja y sus ojos chispeantes exclamó: "¡Eso es estúpido! ¡Es absurdo! ¿Quién puede robar imágenes de un espejo? ¿Quién puede hacer eso? ¿Acaso el diablo? ¡Oh, oh, hermano! El diablo quiebra el cristal con sus garras torpes, y entonces también se lastiman y sangran las delicadas y blancas' manos de la mujer. Es absurdo. ¡Absurdo! Muéstrame el reflejo, el reflejo robado, y daré un salto mortal desde mil metros de altura, ¡muchacho tonto P',

¹¹ Philipp era Philipp Veit (1893-1877) hijastro de Friedrich Schlegel, por el matrimonio con éste de su madre Dorotea. En 1814 pintó el cuadro de la princesa de Prusia.

Entonces el grandote se levantó y se precipitó sobre el chiquito: "¡No se haga el travieso, amigo", le dijo, "porque puede que se lo arroje por la escalera, y entonces le va a ir muy mal con su propio reflejo!" Entonces: "Ja, ja, ja", chilló el chiquito en son de burla: "¿Eso crees, eso crees? ¡Yo tengo todavía mi preciosa sombra, pobre amigo mío, todavía tengo mi sombra!" 'Diciendo esto se precipitó hacia afuera con un salto y lo escuchamos gritar y reír malignamente una vez más: "¡Todavía tengo mi sombra!"

El grandote se había dejado caer, pálido como un muerto, en la silla; tenía la cabeza entre las manos y del pecho oprimido brotaba un suspiro fatigado. "¿Qué le pasa?", le pregunté queriendo ayudarlo. "¡Oh, señor mío!", replicó el grandote, "ese hombre malvado y agresivo que me siguió hasta aquí, hasta la taberna donde siempre vengo y donde siempre estuve solo, porque a lo sumo se asomaba algún gnomo por debajo de la mesa y se comía las miguitas de pan, ese hombre malvado ha vuelto a recordarme mi profunda desgracia. ¡Ay! Ya he perdido irremisiblemente, he perdido mi... ¡Adiós!"

Se levantó, cruzó velozmente la habitación y salió por la puerta. A su alrededor todo era claridad, no tenía sombra. Corrí detrás de él sorprendido. "¡Peter Schlemihl! ¡Peter Schlemihl!"¹², le grité amistosamente, pero él había arrojado sus chinelas¹³. Vi cómo cruzaba corriendo la torre de los gendarmes y se perdía en la noche.

Cuando quise volver a entrar en la taberna, el tabernero me cerró la puerta en las narices diciendo: "¡Qué Dios me libre de semejantes huéspedes!"

3. VISIONES.

El señor Mathieul¹⁴ es un buen amigo mío, y su ujier es un hombre siempre despierto. Cuando llamé a la puerta del "Águila Blanca", me abrió enseguida.

¹² "La extraña historia de Peter Schlemihl", transmitida por Adalbert von Chamisso y publicada por Friedrich Barón de la Motte Fouqué. Nüremberg, J. L. Schrag, 1814.

¹³ Peter Schlemihl había adquirido, sin saberlo, las botas de siete leguas, y, para poder disminuir la velocidad de su paso, calzaba sobre ellas un par de chinelas.

¹⁴ Mathie era el propietario de la posada donde Hoffmann se hospedó en Berlín en septiembre de 1814.

Le expliqué que me había escapado de una reunión sin capa ni sombrero, que en la capa estaba la llave de mi casa, y que sería imposible despertar al ama de llaves que era sorda. Aquel hombre amable (me refiero al ujier) abrió una de las habitaciones, dejó allí las luces y me deseó buenas noches.

El hermoso espejo estaba tapado, y no sé por qué se me ocurrió quitarle el paño que lo cubría y colocar las dos luces sobre la mesa, bajo el espejo. Al mirarme en él me vi tan pálido y demacrado que apenas pude reconocerme. Me pareció que desde el fondo del espejo se acercaba como entre nubes una figura en sombras. A medida que la observaba centrando en ella mi mirada y mi atención, se fueron dibujando en un resplandor extrañamente mágico los rasgos de una mujer encantadora -reconocí a Julia-. Arrebatado por un amor y un anhelo ardientes exclamé suspirando: "¡Julia, Julia!" Entonces escuché que alguien se lamentaba también tras los cortinados de una cama ubicada en el rincón más apartado del cuarto. Presté atención. Los gemidos se hacían cada vez más angustiosos. La imagen de Julia había desaparecido. Tomé entonces resueltamente una luz, corrí de golpe las cortinas de la cama y miré quién estaba allí.

Cómo podré describirte la sensación que me estremeció de pies a cabeza cuando vi acostado en la cama a aquel hombrecito con su rostro joven aunque dolorosamente contraído, que entre sueños suspiraba hondamente: "¡Giulietta, Giulietta!"

El nombre penetró como fuego en mi interior. Ya no sentía miedo. Zarandé al hombrecito con violencia gritándole: "¡Eh, amigo! ¿Qué hace usted en mi cuarto? ¡Despiértese y hágame el favor de irse al demonio!"

El chiquito abrió los ojos y me miró con una mirada sombría: "¡Qué pesadilla! -dijo, "gracias por haberme despertado." Las palabras parecían leves suspiros. Ahora el hombrecito me resultaba totalmente distinto, y no sé por qué, el dolor que tanto lo hería penetró en mi ser y toda mi furia se convirtió en profunda melancolía. Bastaron pocas palabras para enterarme de que el ujier, sin darse cuenta, me había asignado la misma habitación que ya había tomado el hombrecito, y por lo tanto era yo el impertinente que lo había despertado de su sueño..

"Señor mío", me dijo, "seguramente mi comportamiento en la taberna debe haberle parecido bastante extraño y turbulento; la culpa la tiene un hechizo

fantástico que me domina y me arrastra fuera de todo lo permitido y lo debido; ésa es la verdad. ¿Tal vez le sucede a usted lo mismo a veces?"

"¡Ay, si!- le respondí abatido. "Esta misma noche, cuando volví a ver a Julia." "¿Julia?", graznó el hombrecito con voz desagradable, y su rostro se hizo viejo de repente. "¡Oh, déjeme descansar! Tape por favor el espejo, amigo mío", dijo dejando caer su mirada sobre la almohada, extenuado. "Señor mío", le dije, "el nombre de mi amada, que he perdido para siempre, parece despertar en usted raros recuerdos, y además se le alteran curiosamente los rasgos de la cara. Pero espero poder pasar tranquilo la noche aquí, y por eso voy a cubrir inmediatamente el espejo y me voy a meter en la cama."

El hombrecito me miró tierna y bondadosamente con su rostro joven, me tomó la mano y dijo apretándola un poquito: "Duerma tranquilo, señor mío. Me doy cuenta de que somos compañeros de desgracia. ¿Acaso usted también... ? Julia... Giulietta.. . Bueno, sea como fuere, el asunto es que usted ejerce sobre mi una influencia irresistible. No puedo evitarlo, tengo que descubrirle mi secreto más oculto, ¡ luego desprécieme, ódieme!"

Y diciendo estas palabras el hombrecito se levantó despacio, se envolvió en un amplio salto de cama blanco y se dirigió lentamente, como un verdadero fantasma, hasta el espejo, parándose delante. ¡ Ah! Nítidas y claras se reflejaban en el espejo las dos luces, los objetos del cuarto, yo mismo, pero al hombrecito no se lo vela en el espejo. Ningún rayo de luz reflejaba su rostro frente al cristal. Se volvió hacia mí, y su semblante manifestaba la desesperación más honda.

"Ahora conoce usted mi desgracia sin límites", me dijo apretándome las manos. "Schlemihl, esa alma noble y pura, es digno de alabanza si se lo compara conmigo, que soy un verdadero condenado. Él vendió su sombra sin darse cuenta de lo que hacía, pero yo... yo le di a ella mi reflejo, a ella. ¡Oh!" .Suspirando profundamente y cubriéndose la cara con las manos, el hombrecito se dirigió a la cama y se acostó sin más trámite.

Yo estaba como petrificado. Desconfianza, desprecio, terror, compasión... ni yo mismo sé todo lo que sentía por aquel hombrecito. Pero él empezó a roncar enseguida tan melodiosa y plácidamente que no pude resistir el poder narcótico de aquellos sonidos. Volví a cubrir apresuradamente el espejo, apagué las luces, me acosté también yo y me quedé dormido enseguida.

Debía ser ya de madrugada cuando me despertó un claro resplandor. Abrí los ojos y vi al hombrecito que estaba sentado a la mesa de espaldas a mí, con su blanco salto de cama y su gorra de dormir, y escribía afanosamente con las dos luces encendidas. Realmente, parecía un fantasma; me estremecí. El sueño volvió a apoderarse de mí repentinamente y me llevó de vuelta a la casa del Consejero de Justicia, donde volví a estar sentado en la otomana al lado de Julia. Pero al cabo de un momento, me pareció que toda la reunión era una graciosa exhibición navideña en lo de Fuchs, Weide, Schoch u otra confitería. El Consejero de Justicia era una delicada figurita de azúcar con un jabot de papel de seda. Los árboles y los rosales crecían más y más. Julia se levantaba y, me ofrecía la copa de cristal de la que salían llamitas azules. En ese momento alguien me tironeó de la manga: él hombrecito estaba detrás de mí con su cara vieja y me susurraba: "¡No bebas... no bebas! Mírala bien, ¿no la has visto ya en los cuadros de Brueghel, de Callot o de Rembrandt?" Me estremecí porque era cierto que Julia, con su vestido plisado de anchas mangas y su peinado, se parecía mucho a esas mujeres que en los cuadros de aquellos pintores aparecen rodeadas de monstruos infernales.

"¿Qué temes?", dijo Julia. "Te tengo a ti y a tu reflejo, a ambos." Tomé la copa, pero el hombrecito saltó como una ardilla; y se posó sobre mi hombro. Con la cola, soplabla las llamitas, mientras lanzaba horribles chillidos "¡ No bebas, no bebas !", gritó. Pero en ese momento todas las figuras de azúcar cobraron vida y empezaron a mover cómicamente las manitos y los piecitos. El Consejero de azúcar se acercó saltando hasta mi y exclamó con una vocecita muy aguda: "¿Por qué tanto alboroto, querido mío? ¿Por qué tanto alboroto? Párese de una vez sobre sus lindos pies, porque desde hace rato veo que anda usted por los aires sobre las sillas y las mesas". El hombrecito había desaparecido, Julia ya, no tenía la copa en la mano. "¿Por qué no quisiste beber?", dijo. "¿Acaso la llama pura y hermosa que, salía de la copa no era el beso que alguna vez te di?" Quise abrazarla, pero Schlemihl se metió en medio diciendo: "Es Mina, la que se casó con Raskal¹⁵". Había pisoteado algunas figuritas de azúcar que gemían y gritaban.

Pero de pronto aquellos hombrecitos de azúcar empezaron a multiplicarse vertiginosamente y a saltar a mi alrededor en horrible hormigueo de colores, y a subirse en-cima de mi zumbando como un enjambre de abejas. Él Consejero de

¹⁵ Raskal es el criado de Peter Schlemihl que lo traiciona y se casa con su novia.

azúcar se me había trepado hasta la corbata, de la que tironeaba cada vez con más fuerza. "¡Maldito Consejero de azúcar!", grité, y, me desperté.

Era pleno día, las once de la mañana. "Seguro que también soñé lo del hombrecito", pensé. En ese momento entró el camarero que me traía el desayuno y me informó que el señor que había dormido esa noche en el mismo cuarto que yo, había partido temprano dejando saludos para mi. Sobre la mesa a la que el fantasmal hombrecito había estado sentado escribiendo durante la noche, encontré una hoja escrita con tinta todavía fresca, cuyo contenido doy a conocer, porque sin lugar a dudas se trata de su fantástica historia.

4. LA HISTORIA DEL REFLEJO PERDIDO¹⁶

Por fin había llegado el momento en que Erasmo Spikher pudo cumplir el deseo que había abrigado durante toda su vida. Con el corazón contento y la bolsa llena de dinero se metió en el coche para abandonar la patria del norte en dirección a la bella, a la cálida Italia.

Su esposa santa y buena lloraba sin consuelo; le limpió cuidadosamente la nariz y la boca al pequeño Erasmito y lo metió en el coche para que el padre le diera un beso de despedida.

"¡Que te vaya bien, mi querido Erasmo Spikher !", le dijo su esposa entre sollozos. "Yo cuidaré bien la casa. Piensa en mi, no me olvides; y no pierdas tu linda gorra de viaje al sacar la cabeza por la ventana, como sueles hacer cuando duermes." Spikher le prometió todo eso.

En la bella Florencia encontró Erasmo a algunos compatriotas que desbordantes de alegría de vivir y de ánimos juveniles se abandonaban a los voluptuosos placeres que les ofrecía aquel maravilloso país.

Él demostró ser un notable compañero de aventuras y en todas las fiestas divertidas que se organizaban, su espíritu especialmente alegre y su ingenio travieso daban a todo aquello un aire peculiar.

Así sucedió pues que una noche los jóvenes (entre los que se contaba Erasmo con sus veintisiete años) participaban de una fiesta entretenida en el bosquecillo iluminado y fragante de un hermoso parque. Cada uno de ellos había llevado a

¹⁶ La historia del reflejo perdido fue concluida el 6 de enero de 1815.

una encantadora donna, salvo Erasmo. Los hombres lucían primorosos atuendos teutónicos; las mujeres, magníficos vestidos de colores brillantes, todos diferentes, y parecían así deliciosas flores en movimiento. Y cuando ésta o aquélla terminaba de cantar alguna canción de amor italiana al son de las mandolinas, los hombres, entre el alegre tintineo de los vasos llenos de vino de Siracusa, emprendían una ronda alemana a toda voz.

Italia es el país del amor. La brisa nocturna susurraba como suspirando nostálgica, y las fragancias de azahares y jazmines cruzaban el bosquecito como melodías de amor mezclándose entre los juegos frívolos y deliciosos que habían iniciado las mujeres recurriendo a todas las gracias delicadas de que solamente son dueñas las mujeres de Italia. El aire iba animándose más y más, se iba llenando de sonidos.

Federico, que era el más ardiente, se puso de pie; con un brazo había tomado a su donna y levantando con la otra mano el vaso lleno de vino perlado, exclamó: "¿En qué otro sitio podría hallarse la felicidad y el placer celestial? Sólo entre ustedes, dulces y maravillosas mujeres italianas. ¡Ustedes son el amor mismo! Pero tú, Erasmo" continuó dirigiéndose ahora a Spikher, "no parece sentir lo mismo, porque no solamente no has traído a ninguna donna a nuestra fiesta, contra todo uso y costumbre, sino que además parece triste y ensimismado y no has cantado ni has bebido... ¡casi estoy por creer que de repente te has vuelto un aburrido melancólico."

"Debo confesarte, Federico", le replicó Erasmo, "que no puedo ser feliz de esa manera. Bien sabes que he dejado en casa a una esposa buena y santa a la que amo con toda el alma y a quien traicionaría abiertamente si eligiera a una donna aunque sólo fuera para el juego de una noche. Ustedes que son solteros pueden hacerlo, pero yo, como padre de familia..." Los jóvenes se echaron a reír, porque al decir padre de familia Erasmo había procurado dar a su semblante afable y juvenil una expresión señera que resultó muy cómica.

La donna de Federico tradujo al italiano lo que Erasmo había dicho en alemán, y después se volvió a éste con una mirada seria y le dijo, amenazándolo ligeramente con el dedo: "¡Eres un alemán frío, muy frío! ¡Cuídate bien, que todavía no has visto a Giulietta !"

En ese momento se oyó un rumor de hojas que llegaba del bosquecito y de la noche oscura surgió a la clara luz de los faroles una mujer maravillosa. El vestido blanco que sólo ocultaba a medias su seno, sus hombros y su nuca, con

mangas amplias hasta los codos, caía en abundantes pliegues; llevaba el cabello partido desde la frente y recogido con trenzas por detrás. Collares dorados en el cuello y ricas pulseras que ceñían sus brazos completaban el atuendo algo antiguo de la joven que parecía una imagen salida de algún cuadro de Rubens o del delicado Mieris.

"¡Giulietta!", exclamaron sorprendidas las otras jóvenes. Giulietta, que superaba a todas por su belleza angelical, dijo con una voz dulce y encantadora: "¿Me dejan participar de la linda fiesta, bizarros jóvenes alemanes? Quiero ser la compañera de aquél que entre ustedes vive triste y sin amor". Y diciendo esto se dirigió graciosamente, libre a su lado porque se había previsto que traería a una te hacia Erasmo y se sentó en el sillón que había quedado donna.

Las jóvenes murmuraban entre ellas: "¡Miren qué linda está también hoy Giulietta!", y los jóvenes decían: "Miren un poco a este Erasmo! Se quedó con la más linda. ¡Buena broma nos ha hecho!"

Al mirar a Giulietta por primera vez, Erasmo había sentido una intensa sensación de bienestar y ni él mismo sabía por qué estaba tan poderosamente conmovido. Cuando ella se acercó, algo extraño se apoderó de él y oprimió su pecho cortándole la respiración. Con la mirada fija en Giulietta y los labios inmóviles estaba allí sin poder decir una sola palabra, mientras los otros jóvenes alababan entusiasmados la elegancia y la belleza de Giulietta.

Ella levantó una copa y se la ofreció a Erasmo; él la tomó acariciando levemente la delicada mano de Giulietta. Bebió y un ardor intenso recorrió sus venas. Entonces se arrojó como delirante a sus pies, estrechó las dos manos de ella contra su pecho y exclamó: "¡Sí, tú eres mi donna, siempre te he amado, criatura angelical! ¡A ti, a ti te he visto en mis sueños; tú eres mi alegría, mi felicidad, mi vida superior!"

Todos pensaron que el vino se le había subido a la cabeza porque nunca antes lo habían visto así; parecía otro. "¡Sí, tú eres mi vida; ardes dentro de mí como un fuego abrasador! Quiero perderme, perderme en ti solamente; quiero ser sólo para ti!", exclamó Erasmo; pero Giulietta lo abrazó suavemente; cuando estuvo sereno se sentó a su lado y de inmediato recomenzó aquel alegre juego del amor con divertidas bromas y canciones, que Giulietta y Erasmo habían interrumpido.

Cuando cantó Giulietta fue como si de lo hondo de su pecho surgieran melodías celestiales despertando en todos un placer que nunca habían conocido,

aunque tal vez hubieran presentido. Su maravillosa voz plena y cristalina poseía un fuego misterioso que se apoderaba de todos los espíritus. Cada uno de los jóvenes abrazó apasionadamente a su donna y las miradas ardieron con mayor intensidad.

Un resplandor rosado anunciaba ya la llegada del amanecer y Giulietta aconsejó entonces poner fin a la fiesta. Así se hizo. Erasmo se ofreció a acompañarla; ella se negó, pero le indicó dónde podría volver a encontrarla. Mientras los jóvenes cantaban una última ronda alemana para poner fin a la fiesta, Giulietta desapareció del bosquecito; se la vio caminar por una alameda lejana detrás de dos criados que portaban antorchas. Erasmo no se atrevió a seguirla. Cada uno de los jóvenes tomó entonces a su donna del brazo y todos se marcharon contentos.

Trastornado, interiormente desgarrado por el dolor de la pasión y la nostalgia, también Erasmo los siguió con su pequeño criado, que con una antorcha le alumbraba el camino.

Después de separarse de sus amigos iba Erasmo caminando por una calle apartada que conducía a su casa. El sol iluminaba ya la mañana y el criado apagó la antorcha golpeándola sobre el pavimento. Entre las chispas que saltaron surgió de pronto una extraña figura ante Erasmo : un hombre alto y delgado, de nariz puntiaguda y aguileña, ojos centelleantes y labios de trazo maligno, vestido con una capa roja como fuego y brillantes botones de metal. Lanzó una carcajada y chilló: "¡ Ho, ho ! Usted debe haber salido de algún libro de estampas, con esa capa, ese jubón acuchillado y ese birrete de plumas. Tiene un aspecto cómico, señor Erasmo, ¿acaso quiere que la gente se ría de usted por la calle? ¡Vuélvase rápido a su tomo de pergamino!"

"¿Qué le importan a usted mis vestidos?", le dijo Erasmo bastante molesto, y estaba por seguir de largo haciendo a un lado al hombre de rojo cuando éste le gritó: "Bueno, bueno, no se apure tanto, a Giulietta, de todos modos no la puede ver ahora".

Erasmo se dio vuelta instantáneamente. "¿Qué dice usted de Giulietta?", exclamó con voz desahogada, agarrando al hombre rojo de la solapa. Pero éste se dio vuelta con la velocidad de un rayo y antes de que Erasmo se hubiera dado cuenta ya había desaparecido. Erasmo se quedó allí, perplejo, con el botón de metal que le había arrancado de la capa roja en la mano.

"Era el curandero, el signor Dapertutto¹⁷, ¿qué habrá querido de usted?", dijo el criado. Pero Erasmo se estremeció y empezó a caminar rápido para llegar a su casa.

Giulietta recibía a Erasmo con aquella gracia y amabilidad que le eran propias. Oponía a la pasión sin medida que arrebatava a Erasmo una conducta tranquila y apacible. Sólo de vez en cuando centelleaban un poco sus ojos y

Erasmo sentía que de su interior brotaban ligeros escalofríos cuando ella le dirigía alguna vez una mirada realmente extraña.

Nunca le dijo que lo amara, pero el modo de comportarse con él, se lo dejaba intuir y de ese modo Erasmo fue quedando atrapado en una red cada vez más fuerte. Comenzó para él una vida realmente luminosa; veía poco a los amigos porque Giulietta le presentó a otras personas desconocidas.

Una vez se encontró con Federico; éste lo retuvo y cuando Erasmo se puso tierno y sensible al recordar su patria y su hogar, Federico le dijo: "¿Sabes, Spikher, que andas en compañías peligrosas? Ya debes haber comprendido que la bella Giulietta es una de las cortesanas más astutas que ha habido jamás. Se cuentan de ella muchas historias raras y misteriosas que la pintan de un modo muy peculiar. Que ejerce sobre los hombres un poder irresistible cuando se lo propone y los atrapa en redes indisolubles es algo que puedo comprobar en ti. Eres otro, estás totalmente entregado a la seducción de Giulietta, ya no piensas en tu buena esposa."

Entonces Erasmo se llevó las manos a la cara y sollozando pronunció el nombre de su esposa. Federico comprendió que se había desatado en su amigo una difícil lucha interior. "Spikher", continuó, "vayámonos hoy mismo." "Sí, Federico", exclamó Erasmo violentamente, "tienes razón. A veces presiento cosas tan horribles y sombrías, ¡tengo que irme, tengo que irme hoy mismo!"

Los dos amigos cruzaron la calle corriendo; se encontraron con el signor Dapertutto, que riéndosele en la cara a Erasmo exclamó: "¡Ah, apúrese, apúrese! Giulietta lo está esperando con el corazón anhelante y los ojos llenos de lágrimas. ¡Apúrese, apúrese!" Erasmo se sintió como herido por un rayo. "Ese tipo", le dijo Federico, "ese ciarlatano me resulta repugnante, y el hecho de que entre y salga de la casa de Giulietta y le venda, sus polvitos milagrosos..." "¿Qué?!", exclamó Erasmo, "¿ese tipo asqueroso en casa de Giulietta?"

¹⁷ Dapertutto. Su significado es por todas partes.

"¿Dónde ha estado durante todo este tiempo? Lo estoy esperando...¿ Acaso se ha olvidado de mí?", así exclamó una suave voz desde el balcón. Era Giulietta ; sin haberse dado cuenta, los dos amigos habían llegado hasta su casa. Erasmo entró precipitadamente. "Está perdido; ya nada lo puede salvar", murmuró Federico, y se alejó de allí cruzando la calle.

Giulietta no había lucido nunca tan adorable; llevaba el mismo vestido que la noche del parque y brillaba con toda su belleza y su gracia juvenil. Erasmo había olvidado por completo su conversación con Federico. El placer más intenso, el éxtasis más absoluto lo arrebatában irresistiblemente como nunca antes, pero tampoco nunca le había dejado ver Giulietta tan sin reservas su amor más apasionado; sólo a él parecía verlo, sólo parecía existir para él.

En una villa que Giulietta había arrendado para la temporada de verano iba a realizarse una fiesta. Allá fueron. Entre la concurrencia había un italiano de aspecto muy desagradable y modos todavía peores. Rondaba constantemente a Giulietta y despertó así los celos de Erasmo, que se alejó de la fiesta con reconcentrada furia y se puso a caminar de un lado a otro ,por una de las alamedas laterales del parque. Giulietta fue a buscarlo "¿Qué te pasa?", le dijo. "¿Acaso no eres absolutamente mío?" Lo rodeó con sus brazos delicados y lo besó en los labios. Llamas de intenso fuego ardieron en su interior. Estrechó a la amada con delirante frenesí y exclamó: "¡No, no te dejaré! ¡No te dejaré aunque me pierda, aunque me destruya de manera denigrante!" Giulietta esbozó una rara sonrisa al oír esas palabras y lo miró con aquella mirada extraña que siempre estremecía profundamente a Erasmo.

Volvieron a la reunión. El italiano repugnante adoptó ahora el papel anterior de Erasmo; llevado por los celos comenzó a decir todo tipo de 'cosas ofensivas contra los alemanes y en particular contra Spikher. Éste no pudo soportarlo durante mucho tiempo y se abalanzó sobre el italiano: "Termine con sus pullas contra los alemanes y contra mi, porque de lo contrario voy a arrojarlo a aquella laguna para que aprenda a nadar".

En ese mismo instante brilló un puñal en la mano de aquel hombre; entonces Erasmo lo agarró con furia del cuello y lo arrojó al suelo dándole un puntapié en la nuca con todas sus fuerzas. El italiano expiró con un hondo suspiro. Todos se precipitaron sobre Erasmo. Él estaba aturdido; sintió que lo tomaban del brazo y se lo llevaban.

Cuando despertó como de un profundo desmayo yacía a los pies de Giulietta en un pequeño gabinete y ella, con la cabeza inclinada sobre él, lo sostenía con ambos brazos.

"Eres un alemán malo, muy malo", dijo por fin con dulzura y suavidad. "¡Qué angustia he padecido por ti! Te he salvado del peligro inmediato pero ya no estás seguro en Florencia ni en Italia: Tienes que irte; tienes que dejarme."

La idea de la separación provocó en Erasmo un dolor indescriptible. "¡Quiero quedarme!", gritó. "¡Quiero morir! ¿Acaso no es preferible morir a vivir sin ti?" Sintió entonces como si una voz suave pronunciara dolorosamente su nombre. ¡Ay! Era la voz de su esposa en Alemania. Erasmo se quedó mudo y Giulietta le preguntó con una voz muy extraña: "¿Piensas en tu esposa? ¡Ay, Erasmo, me olvidarás demasiado pronto!" "¡Si pudiera ser eternamente tuyo, para siempre!", dijo Erasmo.

Estaban de pie ante el hermoso espejo colgado en la pared del gabinete a cuyos lados ardían claras velas. Más apasionadamente estrechó a Erasmo contra su pecho mientras le susurraba: "¡Déjame tu reflejo, amado mío; que sea él eternamente mío, para siempre!" "¡Giulietta!", exclamó Erasmo sorprendido, "¿cómo se te ocurre? ¿Mi reflejo?" Al decir esto miró el espejo que lo reflejaba a él y a Giulietta en amoroso abrazo. "¿Cómo podrías retener mi reflejo", continuó, "que me acompaña a todas partes y me sale al encuentro desde el agua clara o desde cualquier superficie bruñida?"

"¿Ni siquiera vas a concederme ese sueño de tu yo que brilla en el espejo? ¿Y querías ser mío de cuerpo y alma?", le reprochó Giulietta. "¿Ni siquiera tu imagen errante ha de quedarse conmigo y acompañarme en esta vida sin amor y sin placer que habrá de rodearme cuando te hayas ido?" Lágrimas ardientes brotaron de los bellos ojos oscuros de Giulietta. Entonces Erasmo, en el delirio de su dolor innumerable, exclamó: "¿Tengo que alejarme de ti? Si tengo que hacerlo, que mi reflejo quede eternamente contigo. Que ningún poder extraño, ni el mismo diablo, pueda arrebatártelo hasta que me tengas a mí mismo en cuerpo y alma".

Los besos de Giulietta le quemaron los labios como fuego cuando pronunció esas palabras. Luego ella lo soltó y tendió anhelante los brazos hacia el espejo. Erasmo vio entonces que su imagen avanzaba con independencia de sus propios movimientos, se deslizaba en los brazos de Giulietta y desaparecía con ella dejando una misteriosa fragancia.

Se escucharon entonces horribles chillidos y risas demoníacas. Dominado por un terror pánico Erasmo cayó desvanecido, pero el espanto mismo lo despertó de su aturdimiento. En la negra y densa oscuridad salió tambaleándose y bajó la escalera.

En la calle, ante la puerta, lo tomaron de un brazo y lo metieron en un coche que se alejó velozmente.

"Está usted un poco alterado, según parece", dijo en alemán el hombre que iba sentado al lado de él, "pero todo va a salir muy bien si quiere dejarlo en mis manos. Giulietta ya hizo lo suyo y me ha recomendado su persona muy especialmente. Además, es usted un joven muy simpático, con una notable inclinación hacia los placeres que tanto le gustan a Giulietta y a mí. Aquél sí fue un puntapié realmente certero, un puntapié alemán en la nuca. Fue muy gracioso ver cómo aquel amoroso sacaba la lengua azulada y cómo graznaba y gemía sin poder morirse de una buena vez. Ja ja ja."

La voz de aquel hombre era tan sarcástica, tan horrible era lo que decía que sus palabras se clavaron como puñaladas en el pecho de Erasmo.

"Quienquiera que usted sea", dijo Erasmo, "¡cállese, no siga hablando de aquel horrible crimen del que tanto me arrepiento!"

"Arrepentirse, arrepentirse", replicó el hombre. "¿También se arrepiente de haber conocido a su amada Giulietta y de haber ganado su dulce amor?"

"¡Ah, Giulietta !", suspiró Erasmo.

"Bueno, bueno", continuó el hombre, "¡qué infantil es usted! Lo quiere todo pero sin problemas. Claro que fue una fatalidad la que ha motivado que deba abandonar a Giulietta; pero el usted se quedara yo podría salvarlo de los puñales de sus perseguidores y de la venerada justicia."

La idea de poder permanecer junto a Giulietta lo entusiasmó poderosamente. "¿Cómo sería eso posible?", preguntó.

"Conozco un recurso mágico que cegará a sus perseguidores", continuó el hombre; "en pocas palabras, hace que usted se les aparezca siempre con un rostro distinto, de manera que nunca podrían reconocerlo. Cuando sea de día será usted tan amable de mirarse durante Un rato largo en algún espejo; yo efectúo entonces algunas operaciones en su reflejo sin dañarlo en lo más

mínimo y ya está a salvo. Así podría quedarse a vivir con Giulietta sin peligro, gozando de todos los placeres y toda la felicidad."

"¡Qué espantoso!", gritó Erasmo. "¿Qué es lo espantoso, mi estimado amigo?", le preguntó burlescamente el hombre. "¡ Yo... yo...!", empezó a decir Erasmo. "¿Dejó su reflejo en lo de Giulietta?", lo interrumpió el hombre rápidamente. "¡Ja, ja, ja; bravissimo, amigo! Entonces podrá atravesar campos y bosques, pueblos y ciudades hasta llegar otra vez al lado de su esposa y del pequeño Erasmo y volver a ser un padre de familia, aunque sin reflejo, lo que seguramente no le va a importar a su esposa, porque lo tendrá a usted físicamente. En cambio. Giulietta sólo ha de tener para siempre el yo de sus sueños."

"¡Basta, basta!", exclamó Erasmo. En ese mismo momento, mientras pasaba un grupo de gente cantando alegremente, las antorchas que llevaban iluminaron por un instante el interior del coche. Erasmo pudo ver la cara de su acompañante y reconoció al horrible doctor Dapertutto. Salió del carruaje de un salto y se precipitó tras aquellos hombres cuando reconoció desde lejos la armoniosa voz de Federico. Los amigos volvían de un paseo campestre.

Erasmo le contó rápidamente a Federico todo lo sucedido, salvo lo de la pérdida del reflejo. El amigo lo acompañó presuroso hasta la ciudad, donde hicieron todo -lo necesario con tanta prisa que a la madrugada siguiente Erasmo, montado en un caballo veloz, se hallaba lejos de Florencia.

Spikher anotó algunas de las aventuras que le sucedieron durante su viaje. La más notable es la que le hizo sentir por primera vez de manera singular la pérdida de su reflejo. Había hecho alto en una gran ciudad porque su caballo necesitaba descanso y se había sentado ingenuamente a la mesa de una taberna, ocupada ya por muchas personas, sin notar el hermoso espejo que se hallaba frente a él. Un camarero diabólico que estaba detrás de su silla observó que en el espejo la silla permanecía vacía y no reflejaba en absoluto a la persona allí sentada. Se lo hizo notar al vecino de Erasmo, éste a su vecino inmediato y un murmullo corrió por toda la mesa, mientras los comensales miraban primero a Erasmo y después al espejo.

Erasmo no se dio cuenta de que era el centro de todo aquel rumor, hasta que un hombre de expresión seria se levantó de la mesa, colocó el espejo frente a Erasmo, miró al espejo y luego, dirigiéndose a la concurrencia, exclamó en voz alta: "¡Es cierto, no tiene reflejo!"

"¡No tiene reflejo! ¡No tiene reflejo!", empezaron a gritar todos. "¡Es un mauvais sujet, un homo nefas, sáquenlo de aquí!"

Furioso y avergonzado se refugió Erasmo en su cuarto; pero apenas había llegado allí cuando se le informó que la policía le ordenaba presentarse en una hora con su reflejo entero e idéntico ante las autoridades; en caso contrario debería abandonar la ciudad. Huyó de allí seguido por la gentuza ociosa y los pillos que gritaban: "¡Ahí va el que le vendió su reflejo al diablo!" Por fin* llegó al campo raso.

Desde entonces, pretextando un horror natural hacia cualquier imagen reflejada, hacía cubrir enseguida todos los espejos y por eso se lo llamó en son de burla General Suwarow, quien también había tenido la misma costumbre. Su esposa y su hijito lo recibieron muy contentos cuando llegó a su patria y a su casa, y pronto le pareció que en el ambiente tranquilo y sereno de su hogar no tardaría en olvidar la pérdida del reflejo.

Sucedió un día que Spikher estaba jugando con el pequeño Erasmo sin acordarse en absoluto de la bella Giulietta. El pequeño tenía las manos sucias de hollín y acarició con ellas a su padre: "¡Ay papá, papá, mira cómo te ensució la cara!", exclamó el pequeño y antes de que Spikher pudiera evitarlo sostenía un espejo delante de la cara del padre. Pero lo dejó caer en seguida llorando y se fue corriendo a su cuarto. Al momento entró la señora con expresión de asombro y de miedo. "¿Qué es lo que me ha dicho Erasmo de ti?", le dijo.

"Que no tengo reflejo, ¿no es así, querida?", la interrumpió Spikher con una sonrisa forzada, y trató de probarle que era absurdo creer que uno pudiera perder su reflejo, pero que aun así no se habría perdido mucho, ya que todo reflejo no es más que una ilusión; que la contemplación de si mismo conduce al envanecimiento, y que además esa imagen dividía al propio yo en sueño y realidad.

Mientras decía esto, la señora quitó de repente el paño que cubría el espejo de la sala y al mirarlo cayó desvanecida, como tocada por un rayo.

Spikher la levantó, pero apenas su esposa hubo recuperado el conocimiento lo apartó con horror de su lado. "¡Vete! -le gritó; "¡ déjame en paz, hombre espantoso! No eres tú, no, tú no eres mi esposo; eres un espíritu diabólico que quieres empañar mi felicidad, que quieres destruirme. ¡Vete, déjame, no tienes poder sobre mí, condenado!"

Sus gritos resonaron en la habitación y llegaron a la sala; los criados corrieron despavoridos y Erasmo salió apresuradamente de la casa, furioso y desesperado.

Como un enloquecido andaba por los solitarios caminos del parque cercano a la ciudad. La imagen de Giulietta surgió ante él con toda su angelical belleza y entonces le gritó: "¡Te vengas, Giulietta ! Te vengas porque te abandoné y te dejé mi reflejo en lugar de mi propia persona. Ah, Giulietta, seré tuyo de cuerpo y alma! Ella me echó; ella, por quien te sacrifiqué. ¡Giulietta, Giulietta, seré tuyo de cuerpo y alma!"

"Eso puede hacerse todavía, mi estimado amigo", le dijo el signor Dapertutto, que de repente estaba allí, junto a él, con su capa escarlata de brillantes botones metálicos. Eran palabras consoladoras para el desgraciado Erasmo y por eso no se fijó en la expresión maligna y pavorosa de Dapertutto. Se detuvo y le preguntó con voz lastimera: "¿Cómo podría volver a encontrarla si la he perdido para siempre?"

"¡No, no!" replicó Dapertutto. "¡No está lejos de aquí y anhela con ansias su cara persona, estimado señor, ya que como usted mismo comprenderá, un reflejo no es más que una ilusión. Además, cuando esté segura de que será dueña de su valiosa persona -de su cuerpo, su vida y su alma- entonces le devolverá inmediatamente su reflejo sano y salvo con profundo agradecimiento."

"¡Lléveme hasta ella! ¡Lléveme! -exclamó Erasmo. "¿Dónde está?"

"¡Un momento!", lo interrumpió Dapertutto. "Todavía es necesario efectuar un pequeño trámite antes de que vea a Giulietta y pueda entregarse a ella con todo su ser, contra reintegro de su reflejo. Usted no puede disponer totalmente de su valiosa persona porque todavía está ligado por ciertos vínculos que primero deben ser disueltos. Su amada esposa y su prometedor hijito."

"¿Qué quiere decir con eso?", exclamó Erasmo furioso. "Una disolución de esos vínculos sin que quede vestigio alguno", continuó Dapertutto, "podría efectuarse fácilmente por medios humanos. Usted sabe bien que preparo con bastante habilidad remedios mágicos y así da la casualidad que tengo a mano un brebaje casero. Bastará que aquéllos que se interponen entre usted y la adorable Giulietta tomen sólo un par de gotitas y acabarán silenciosamente y sin ningún sufrimiento. A eso se le llama morir, y dicen que la muerte es amarga; pero ¿no

es acaso delicioso el sabor amargo de las almendras? Y ésa es la amargura de la muerte que sobreviene con estas gotas. Apenas hayan desaparecido con alegría, difundirá sobre la amada familia una deliciosa fragancia de almendras amargas. ¡Tome usted, estimado amigo!", y le tendió a Erasmo una pequeña redoma¹⁸.

"¡Qué horror!", exclamó éste. "¿Pretende que envenene a mi esposa y a mi hijita?"

"¿Quién habla de veneno?", lo interrumpió el hombre de rojo. "En la redoma sólo hay, un remedio casero de rico sabor. Tengo otros recursos para dejarlo a usted en absoluta libertad, pero quiero actuar humanamente, por cierto, no quiero molestarlo, en fin, es un capricho. ¡Tómelo con confianza, amigo!"

Erasmo no podía explicarse cómo tenía la redoma en la mano. Corrió irreflexivamente a su casa y se encerró en su cuarto. La mujer había pasado toda aquella noche entre angustias y lamentos. Aseguraba una y otra vez que quien había vuelto no era su marido sino un espíritu diabólico que había adoptado el aspecto de su esposo. No bien Spikher entró a la casa todos salieron corriendo asustados y solamente el pequeño Erasmo se atrevió a acercarse a él y a preguntarle ingenuamente por qué no había traído de vuelta su reflejo, añadiendo que eso haría morir de pena a la madre. Erasmo miró al pequeño con furia. Todavía tenía en la mano la redoma de Dapertutto. El niño llevaba en brazos a su paloma predilecta. Ésta acercó el piquito a la redoma y bebió unas gotas; inmediatamente dejó caer la cabeza: estaba muerta. Espantado, Erasmo se levantó de un salto: "¡Traidor!% exclamó, "¡no me vas a convencer de que cometa un crimen infernal!", y arrojó por la ventana la redoma, que se rompió en mil pedazos contra las piedras del patio. Por la habitación se difundió un delicioso aroma de almendras. El pequeño Erasmo había huido asustado.

Spikher pasó todo aquel día acosado por infinitos sufrimientos. Hacia la medianoche la imagen de Giulietta fue haciéndose más y más viva en su interior. Una vez, estando él presente, se le había desprendido a ella una gargantilla de esas pequeñas cuentas rojas con que se adornan las mujeres. Al recoger las cuentas Erasmo se había guardado una y la conservaba con cuidado fiel. La sacó ahora y mirándola se puso a pensar con toda su alma en la amada

¹⁸ La redoma de Dapertutto contenía seguramente ácido prúsico o cianhídrico. La ingestión de una mínima dosis de este líquido (inferior a una onza) provoca los efectos descriptos. Hora, "Archiv für mediz. Erfahr.", 1813, mayo-dic., pág. 10. (Nota del autor).

perdida. Entonces fue como si de la perla emanara aquel mágico perfume que lo envolvía cuando estaba cerca de Giulietta. "¡Ah, Giulietta ! Verte una vez más y luego morir, terminar de la manera más infame."

Acababa de pronunciar estas palabras cuando comenzó a escucharse un suave rumor en el pasillo delante de la puerta. Oyó pisadas, luego alguien llamó levemente a la puerta del cuarto. Embargado de angustia y esperanza, Erasmo no podía respirar. Abrió. Giulietta entró en la habitación, resplandeciente de gracia y belleza. Delirante, él la estrechó en sus brazos. "¡Aquí estoy, amado mío!", le dijo ella con ternura. "Mira con cuánta fidelidad con servo tu reflejo." Sacó entonces el paño que cubría el espejo y Erasmo vio extasiado su imagen junto a la de Giulietta. Pero era independiente de él, no reflejaba sus movimientos. Se estremeció.

"¡Giulietta !", exclamó. "Mi amor por ti va a volverme loco. Devuélveme el reflejo y tómame a mí, con mi cuerpo, con mi vida, con mi alma."

"Todavía hay algo entre nosotros, querido Erasmo", le dijo Giulietta. "Tú lo sabes. ¿Acaso no te lo ha dicho Dapertutto?"

"¡Por Dios, Giulietta !", la interrumpió Erasmo, "si sólo así puedo ser tuyo prefiero morir."

"Dapertutto no debe incitarte de ninguna manera", continuó Giulietta. "Por supuesto, es espantoso que una promesa y una bendición tengan tanto poder; pero eres tú el que tiene que deshacer el vínculo que te ata porque, de lo contrario, nunca serás totalmente mío. Y para eso hay un recurso más conveniente que el que te propuso Dapertutto."

"¿En qué consiste?", le preguntó ansiosamente Erasmo. Giulietta pasó entonces su brazo por la nuca de Erasmo y con la cabeza reclinada sobre su pecho le susurró levemente: "Escribe en un papel tu nombre, Erasmo Spikher, debajo de las siguientes palabras: Concedo a mi buen amigo Dapertutto poder sobre mi esposa y sobre mi hijo para que haga con ellos lo que quiera, y disuelvo el vínculo que me liga a ellos porque quiero de aquí en más pertenecer con mi cuerpo y mi alma inmortal a Giulietta, a quien he elegido como mujer y a la que me ligaré para siempre mediante un voto especial".

Erasmo sintió una conmoción y un escalofrío recorrió todos sus miembros. Besos de fuego le quemaban los labios; tenía en la mano la hoja de papel que le había dado Giulietta. De pronto, detrás de ella, inmenso, Dapertutto le tendía

una pluma de metal. En ese momento se le reventó a Erasmo una venita de la mano izquierda y empezó a salir sangre.

"Moja la pluma, moja la pluma. ¡Escribe, escribe!", graznó el hombre de rojo.

"¡Escribe, escribe, mi eterno, mi único amor!", susurró Giulietta.

Erasmo había mojado la pluma y se sentó dispuesto a escribir. En ese momento se abrió la puerta y apareció en el cuarto una figura blanca que luego de mirar a Erasmo con ojos fijos, fantasmales, exclamó dolorosa y lúgubremente: "; Por amor del cielo, Erasmo, no cometas ese horrible crimen!"

Al reconocer a su esposa en aquella figura que le prevenía, Spikher arrojó lejos de sí el papel y la pluma. Relámpagos centelleantes salieron de los ojos de Giulietta; su rostro se deformó convulsivamente; su cuerpo era una llama.

"¡Vete de aquí, criatura del demonio! ¡Mi alma no ha de pertenecerte jamás ! En nombre del Señor, apártate de mí. ¡Víbora! En ti arde el infierno." Así gritó Erasmo y empujó violentamente a Giulietta, que todavía permanecía abrazado a él. Se escucharon entonces salvajes alaridos y lamentos y un rumor como de alas de cuervo. Giulietta y Dapertutto desaparecieron entre un humo espeso y hediondo que parecía brotar de las paredes velando las luces.

Por fin entraron por la ventana los rayos de luz del amanecer. Erasmo se dirigió en seguida a ver a su esposa. La encontró serena y afable. El pequeño Erasmo estaba sentado en la cama muy contento. Ella le tendió la mano a su agotado esposo y le dijo:

"Sé de todo lo malo que te ha sucedido en Italia y lo siento por ti, de todo corazón. El poder del enemigo es muy grande y, como tiene todos los vicios, también se dedica a robar y no puede resistir la tentación de apoderarse de tu hermoso reflejo valiéndose de medios realmente malignos. Mírate en ese espejo, esposo mío."

Spikher lo hizo, temblando de pies a cabeza, con expresión verdaderamente desgraciada. El espejo permaneció liso y transparente. Ningún Erasmo Spikher se reflejaba en él.

"Por esta vez es mejor que el espejo no devuelva tu imagen porque pareces en verdad un tonto, querido Erasmo. Seguramente tú mismo comprenderás que sin reflejo siempre serás objeto de burla para todo el mundo y, por lo tanto, no

podrás ser un padre de familia correcto y cabal, respetado por su esposa y sus hijos. El pequeño Erasmo ya se ríe de ti y dice que va, a pintarte un gran bigote de carbón porque no podrás verlo. Vete, pues, a recorrer el mundo y trata de sacarle al diablo tu reflejo. Cuando lo hayas recuperado vuelve y te recibiré de todo corazón. Bésame (Spikher lo hizo), y ¡buen viaje! Mándale al pequeño Erasmo un par de pantalones de vez en cuando, porque siempre anda por el suelo y los gasta mucho. Y si vas a Nuremberg entonces envíale también un soldadito de colores y un bizcocho de especias, como un buen padre. ¡Que te vaya bien, querido Erasmo!"

La mujer se dio vuelta y siguió durmiendo. Spikher levantó al pequeño Erasmo y lo estrechó contra su corazón; pero el niño empezó a gritar y entonces el padre volvió a ponerlo en el suelo y se fue por el ancho mundo.

Una vez se encontró con un tal Peter Schlemihl, que había vendido su sombra; quisieron asociarse de manera que Erasmo Spikher proyectara la sombra y Peter Schlemihl el reflejo, pero no dio resultado.

POSTDATA DEL VIAJERO ENTUSIASTA.

¿Qué es lo que me mira desde ese espejo? ¿Soy yo, realmente? ¡Oh, Julia, Giulietta, imagen celestial, espíritu diabólico, éxtasis y dolor, anhelo y desesperación!

Ya ves, mi querido amigo Teodoro Amadeo Hoffmann, que muchas veces penetra en mi vida una oscura fuerza que seduce mi sueño con las más hermosas visiones y pone extraños personajes en mi camino. Encantado por las visiones de la noche de San Silvestre, casi estoy por creer que aquel Consejero de Justicia era realmente de azúcar; su reunión un adorno de Navidad o Año Nuevo, y la deliciosa Julia, aquella seductora imagen femenina de Rembrandt o de Callot que estafó al desdichado Erasmo Spikher apoderándose de su bello reflejo. ¡Perdóname!

[Ernst Theodor Amadeus Hoffmann](#), 1815

Recomendaciones:

[El proceso](#), [La metamorfosis](#) de Franz Kafka

[Emma](#) , [La abadía de Northanger](#), [Orgullo y Prejuicio](#) de Jane Austen

[La vida es sueño](#) de Pedro Calderón de la Barca

[La Cabaña Del Tío Tom](#) de Harriet Beecher Stowe

[Cumbres Borrascosas](#) de Emily Brontë

[Don Quijote de la Mancha](#), [Los Trabajos De Persiles Y Sigismunda](#) de Miguel de Cervantes

[Divina Comedia](#) de Dante Alighieri

[Oliver Twist](#), [David Copperfield](#), [Historia De Dos Ciudades](#) de Charles Dickens

[L'Idiot](#), [Les Frères Karamazov](#), [Crimen y Castigo](#) de F. M. Dostoievski

[El Capote](#), [La Nariz](#) de Nikolai Gogol

[Eugenio Onegin](#), [La Dama De Picas](#), [Boris Godunov](#) de Aleksandr Pushkin

[Padres e hijos](#), [Nido de hidalgos](#) de I. Turguénev

[Papá Goriot](#), [La Piel de Zapa](#), [Eugenia Grandet](#) de Honoré de Balzac

[Fausto](#), [Las penas del joven Werther](#) de Johann Wolfgang von Goethe

[Nuestra Señora de París](#), [Los Miserables](#) de Victor Hugo

[Martin Eden](#), [La llamada de la selva](#), [Colmillo Blanco](#) de Jack London

[Seis personajes en busca de autor](#) de L. Pirandello

[Así habló Zaratustra](#) de Friedrich Wilhelm Nietzsche

[La isla del tesoro](#) de Robert Louis Stevenson

[El retrato de Dorian Gray](#) de Oscar Wilde

[Los tres mosqueteros](#), [Veinte años después](#) de Alexandre Dumas

[Moby Dick](#) de Herman Melville

[Otelo, el moro de Venecia](#), [El Rey Lear](#) de William Shakespeare

[Cábalas Y Amor](#) de Friedrich Schiller

[Pepita Jiménez](#) , [Las ilusiones del doctor Faustino](#) de Juan Valera

[Un Capitan De Quince Años](#) de Julio Verne

[Novela de ajedrez](#) de Stefan Zweig